

CARTAS PARA MEMORIA DE LA FE
LA FE DE TOMÁS «EL INCRÉDULO»
 2º DOMINGO DE PASCUA – Ciclo C, 2019

Juan 20, 19-31

*En la tarde de aquel día, el primero de la semana, y estando los discípulos con las **puertas cerradas** por miedo a los judíos, llegó Jesús, se puso en medio y les dijo:*

*- "¡La **paz** esté con vosotros!"*

Y les enseñó las manos y el costado. Los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor.

Él repitió:

*- "¡La paz esté con vosotros! Como el Padre me envió a mí, así **os envió** yo a vosotros".*

*Después sopló sobre ellos y les dijo: "Recibid **el Espíritu Santo**. A quienes perdonéis los pecados, les serán perdonados; a quienes se los retengáis, les serán retenidos".*

*Tomás, uno de los doce, a quien llamaban "el Mellizo", no estaba con ellos cuando llegó Jesús. Los otros discípulos le dijeron: "Hemos visto al Señor". Él les dijo: "**Si no veo** en sus manos la señal de los clavos y no **meto mi dedo** en el lugar de los clavos y **la mano** en su costado, no lo creo".*

Ocho días después, estaban nuevamente allí dentro los discípulos, y Tomás con ellos.

Jesús llegó, estando cerradas las puertas, se puso en medio y les dijo: "¡La paz esté con vosotros!"

*Luego dijo a Tomás: "Trae tu dedo aquí y mira mis manos; trae tu mano y métela en mi costado, y no seas **incrédulo** sino **creyente**".*

*Tomás contestó: "¡**Señor mío y Dios mío!**".*

Jesús dijo: "Has creído porque has visto. Dichosos los que creen sin haber visto".

Otros muchos milagros hizo Jesús en presencia de sus discípulos, que no están escritos en este libro.

Éstos han sido escritos para que creáis que Jesús es el mesías, el hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre.

Amigo, amiga:

Tal vez has leído ya el relato de otras apariciones de Cristo, y te ha sorprendido lo diferentes que son las reacciones de los hombres y mujeres del evangelio ante Cristo **vivo** después de su muerte. Una muestra clara de esas diferencias se percibe en una lectura del capítulo 20 del Evangelio de Juan. Es muy instructiva su lectura para ver cómo la fe sigue su particular camino en cada creyente.

Aquí tienes en el evangelio de hoy un caso excepcional. Es una página del Evangelio que tiene mucho que decirnos a todos acerca de la **FE**. Pero entiende la *fe* como una **relación entre personas**, a veces una relación incondicional en la que nos abrimos a la persona y se nos abre la persona más allá de lo que pediría o permitiría un *por qué*, una *razón*. Si crees, crees en una persona, como ocurre en una amistad honda. Y ello aunque esa relación pueda estar sujeta a momentos de crisis, en los que pueden mezclarse el amor y la duda; no crees simplemente en un *por qué*, una "razón". Crees **a una persona**.

Recordemos la afinidad de la fe con los sentidos: ver, oír, tocar... Juan abre su I Carta con el preámbulo: *Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestro propios ojos, lo que hemos contemplado y tocado con nuestras manos en relación con la Palabra de la vida...* os lo anunciamos a vosotros¹. Y Pablo dirá: *La fe entra por el oído, mediante la palabra de Cristo*². La obsesión de Tomás será el *tocar*, una fe condicionada al más elemental de los sentidos.

El desafío de Tomás

La “fe” del apóstol Tomás es una fe de verdad, pero que ha pasado por una especie de eclipse, un oscurecimiento. La fe del apóstol Tomás expresada en palabras suyas es la adhesión a Cristo propia de un hombre positivo, práctico y extremado, uno que necesita ver, oír en directo, palpar (la forma menos refinada del conocimiento), y todo lo que pueden dar los sentidos, para tener una certeza de fe. En la actual situación se trata de la certeza de que **Jesús está vivo y portador de las señales de la muerte**, después del terrible drama de la pasión. Tomás necesita para tener esa certeza que Jesús esté ahí delante, muy cerca de él, y poder identificarlo, y poder verificarlo, tocarlo, escarbar en sus llagas.

Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos, y no meto la mano en su costado, no lo creo.

Tomás **necesitaba** creer, con una angustia que se parece a la necesidad que tenemos de respirar cuando la respiración nos falta. Sufrimiento,

*Amargura de querer y no poder
creer, creer y creer,*

dicho por boca de un poeta. Y otro escritor preocupado por la fe dice:

*La fe cristiana es - pienso yo - el refugio en esta extrema necesidad.
A quien le ha sido dado en esa necesidad abrir su corazón, en lugar
de cerrarlo, ése acoge el remedio en el corazón.*

En cierto modo la muerte de Jesús fue para Tomás su propia muerte. Tal debió de ser la intensidad como vivió la muerte de Cristo. *Vayamos y muramos con él*³ (con Jesús), dice una vez Tomás a sus compañeros en una ocasión en la que ir a Jerusalén era un riesgo muy grande para Jesús. Ahora, el testimonio de sus compañeros – *Hemos visto al Señor* – no basta para él. Un **testimonio** de que el Señor está vivo no puede suplir al Señor mismo. Tomás necesita esa presencia.

La respuesta de Jesús

Jesús acepta el **desafío** de Tomás. «La respuesta de Jesús a su exigencia es inaudita, desconcertante, prodigiosa. Sobrepassa todo lo que podemos imaginar. Lo que Tomás había presentado como una apuesta absurda, como el más inverosímil de los desafíos, Jesús lo acepta y se somete a ello. Con la

¹ 1, 1.3

² Romanos 10, 17

³ Juan 11, 16

más tierna docilidad atiende su exigencia: «*Ven, Tomás, mete tus dedos, mete tu mano... y no seas incrédulo, sino creyente.*» El Señor se ha dejado vencer por Tomás. Parece como si ante él hubiese abandonado el plan que había seguido con los otros. Sólo con Tomás, Jesús quiso que cambiaran sus proyectos. Pero así consiguió salvar a Tomás.» (L. Evely). Y esa es la obra de la gracia de Dios en la nueva fe de Tomás que le hace decir: «*Señor mío y Dios mío.*» Jesús añade: «*Dichosos los que creerán sin ver.*»

La dicha de creer sin ver...

Es como si Cristo dijera a **Tomás**: «Habría sido para ti una dicha creer a tus compañeros (y compañeras), dar crédito a sus palabras: *Hemos visto al Señor*. También ellos tuvieron que creer; si no, no me hubieran reconocido; incluso estuvieron a punto de confundirme con un fantasma». Parece que Jesús reprocha a Tomás el error de equivocarse en su vida de creyente el orden de la experiencia de fe y el orden de los términos que la expresan. Dice: *Si no veo..., no creeré*; se entiende “no creeré en **Cristo resucitado**; porque en Cristo no he dejado de creer, incluso en medio de este oscurecimiento, desesperación y desdicha que siento por su muerte”. El orden de la fe no es ver para creer, sino **creer para ver**, para poder ver. Fue también el caso de los apóstoles; sin haber creído de alguna forma en él, ¿cómo lo habrían reconocido? Y es el caso de **Juan**, del que dice el Evangelio que vio (el sepulcro vacío, un indicio que acucia, despierta la fe en el que ve) y creyó, sin haber visto a Jesús resucitado. Juan es en este sentido el contrapunto de Tomás, y en Juan se cumple la dicha de creer sin ver, como Jesús resucitado dice a Tomás.

Una cosa o una persona que *se ve*, no es cuestión de creerla, está a la vista. Pero *fiarse* de la palabra de alguien, eso es creer en ese alguien. El núcleo de la persona nunca está a la vista, y el acceso a ese núcleo pasa por la fe, una especie de *saber* que se fía de lo que dice de sí misma la persona. En el caso de fiarse de la palabra de los testigos de la Resurrección, se trata de un testimonio que lleva, no a la persona del testigo, sino a la persona del testificado, es decir, a Cristo resucitado. Pero Jesús avala ese testimonio.

... y por qué es una dicha

¿Cómo es que Jesús valora más el creer de los apóstoles o de cualquier creyente **antes** de verlo vivo? Es decir, ¿cuál es el valor de la fe? Esa fe sería el caso de Tomás antes de haber visto al Señor, y es en cierto modo nuestro caso de creyentes a distancia de dos mil años. ¿Pero por qué esa dicha y ese valor de creer sin ver? ¿Qué fue la fe en ellos? Tal vez la dicha está en la realidad misma de **la fe** como **aproximación** a la **persona de Cristo**. Esto pasa también entre nosotros, en las relaciones humanas. La confianza y la fe en la persona no se basan en la visión, sino en la palabra del que nos habla y da testimonio de sí mismo, incluso cuando lo que testimonia es algo que no es él mismo. Pero ¿no sería mejor la visión? No, si lo que se cree es **persona** y **misterio**. El que se atiende tan sólo a lo que se puede ver y tocar **se pierde lo**

esencial. La visión misma, sea la de los apóstoles o la de los místicos es un signo que guía siempre más allá. A ese más allá apunta la fe y a la profundización en el misterio.

Si no veis...

Es una constante en el evangelio el lamento de Jesús que tan a menudo echaba de menos la confianza de la fe: *Si no veis signos y prodigios..., no creéis*⁴. Pero Jesús dice que son dichosos los que creen sin ver. Y eso es también una constante en el evangelio. *Tu fe te ha curado. Tu fe...* Seguramente la fe tiene poco que ver con lo literal de esas dos cosas: **ver** y **no ver**. No se cree porque se ve (muchos veían y no creían, o viendo maravillas no veían a la persona de Cristo), ni se deja de creer porque se ven cosas que escandalizan la fe (la mediocridad o la traición de los creyentes), ni se deja de creer porque no se ve (lo que la fe promete). El ver a Jesús y sus obras maravillosas no fue suficiente en muchos para creer. Y los propios apóstoles empezaron de veras a creer cuando superaron la crisis terrible del Viernes Santo, cuando se produce el ocultamiento de la majestad del Señor. Se cree porque se cree, gracia de Dios y seguimiento fiel por parte nuestra de los indicios que la gracia siembra en el camino de nuestras vidas.

¿Es que Jesús exigía una fe *ciega*? No. La fe es un equilibrio entre la **desconfianza** del paranoico (un tipo raro que no se fía de nadie y dice “Piensa mal y acertarás”) y la **credulidad** del bobo que no se para a pensar a quién merece la pena creer y qué palabra merece crédito en atención a las señales que llaman a la confianza y a la fe.

Bernardo Beny

CITAS Y LECTURAS MEDITATIVAS

Un nuevo Adán

¡Trae aquí tu dedo y mira mis manos!, apremia Jesús a Tomás en el Evangelio de Juan (20, 19-31).

La palabra de Cristo suena de manera distinta a “No quiero poner ahí mis manos, no quiero contaminarme”. A la luz de la mañana pascual, las cosas son distintas: allí donde hay heridas de todo tipo, lesiones, necesidades, preocupaciones, el dedo está libre para tocar. En esta nueva luz, rondan en nuestras cabezas algunas de esas heridas, que pueden ser tocadas, y quieren ser despertadas a una vida nueva: todos los sacrificios de guerras, catástrofes, y enfermedades, los hambrientos de todo el mundo, los reprimidos políticos o los perseguidos por su religión...

La fe en la Resurrección no es un engendro espiritual de la imaginación. Las imágenes de la Resurrección nos guían hacia los crucificados de nuestro tiempo. El viejo Adán tal como puede ser admirado en la bóveda de la Capilla Sixtina, sigue viviendo en el mundo y espera su liberación. Tomás toca al nuevo Adán, la nueva creación que esperamos para todo el cosmos. Ese tocar transforma a Tomás. Él es incorporado a la nueva creación y confiesa: *Señor mío y Dios mío*.

E. Guntli, *CIG*, Semanario Católico Ed. Herder

⁴ Juan 4, 48

